CAPÍTULO II.

CÉRES.

Union de Céres con Júpiter, con Neptuno.—Nacimiento de Proserpina y del corcel Arion. — La Tierra objeto de veneracion popular. — Gea. — Su culto.—La Demeter helénica.—Su primitivo culto.—Demeter y Jasion.—Demeter, diosa de la agricultura. — Sus fiestas populares.— Sus atributos.—Buzyges.—Triptolemo.—Sus viajes.—Sacrilegio y castigo de Eresicton. — La Demeter histórica. — Rapto de Proserpina. —Desesperacion de Demeter.—Sus correrías.—Recobra á su hija.—Demeter *Thesmoforos*.—Las *Thesmoforias*.—Los Misterios de Eleusis.—El Hierofante.—Idea que se tenía en la Italia antigua de la Tierra y sus divinidades.—Tellus y Céres.—Tellumo.—Fiestas de Tellus.—Templo de Céres en Roma.—Fiestas de Céres.—*Robigalia*.—*Ambarvalia*.—Otras fiestas en honor de Céres. — Liber, Libera. —Representacion artística de Céres.—Ofrendas que le eran consagradas.

Céres en Italia, Demeter en Grecia es personificacion de la tierra considerada en su fecundidad. Hízola la fábula hija de Saturno y Rea, y fué por lo mismo hermana de Júpiter; con éste enlazada, tuvo de él una hija por nombre Coré, Perséfona ó Proserpina, la cual representa especialmente la vegetacion. Añade la fábula que Céres quiso huir de la persecucion de Neptuno transformándose en yegua; pero el dios tomó la figura de caballo y de su union nació el famoso corcel Arion con piés de hombre y dotado del don de la palabra. La vergüenza y el enojo movieron á la diosa á ocultarse en una caverna de Arcadia, y allí permaneció haciendo con su ausencia estéril la tierra, hasta que descubierto su retiro por Pan yendo de caza, Júpiter pudo consolarla y sacarla otra vez al mundo privado de sus beneficios. La isla de Sicilia era tenida, á causa de su extraordinaria fertilidad, como su residencia predilecta. Hasta aquí la fábula.

Como sucedió á otros pueblos indo-europeos fué la Tierra para el griego una deidad primordial al igual que el Cielo, al cual la Teogonía de Hesiodo y antiguas tradiciones le daban por esposo, conforme en un principio queda dicho. Cielo y Tierra eran las dos divinidades por excelencia invocadas, y no en el recinto de pocos santuarios, no constituyendo exclusivamente místico dogma en afamados misterios; eran objeto más bien, segun observa Aristóteles, de general y popular creencia. «Filósofos hay, dice, que como principio universal de las cosas señalan el fuego, otros el agua, y no falta quien atribuya aquella cualidad al aire. ¿Por qué será que jamas hablan de la tierra, al contrario de lo que pasa á los hombres en general para quienes es la tierra el todo?»—«Hesiodo, continúa, sostiene haber sido la tierra el primero de los cuerpos, de tal modo es esta opinion antigua y extendida.»

Divinizada la tierra por la imaginacion griega recibió segun los tiempos y paises en que fué adorada, tres nombres diferentes: Gea, que parece ser el primitivo y de época pelásgica; Rea, probablemente de orígen extranjero lo mismo que Cibeles con la cual se confundió, y Demeter que quedó siendo el nombre más usado y ordinario de esta divinidad. En la mitología helénica corresponden esos tres nombres á tres expresiones distintas, á tres formas de una misma idea.

A lo que parece Gea se impuso á la imaginacion de los primeros pobladores de Grecia como un sér gigantesco, colosal; al considerar la vastísima extension del cuerpo que los sustentaba sin que sus ojos ni sus pasos pudiesen medir su extension, dijeron de Gea ser una diosa de ancho pecho, una divinidad monstruosa. Y esta

inmensidad de la tierra, unida al espectáculo de su vida y fuerza generadora, llevaría á su entendimiento, extraviado de las puras tradiciones reveladas, á creer que Gea existió desde el orígen mismo de las cosas; segun la *Teogonía* es Gea el sér primordial nacido inmediatamente despues del Caos para servir á todo de inquebrantable fundamento, y este gran sér, dotado desde el primer momento de portentosa potestad creadora, engendró á Urano (el Cielo), á los altos Montes y á Ponto (el Mar). Unida despues con Urano dió vida á una série de fuertísimos séres, á los Titanes, como su madre gigantescos, segun todo ello queda en su lugar explicado; para la griega fantasía la obra de la creacion fué resultado de la divina union entre dos séres, entre Urano, el padre que fecunda, y Gea, la madre que concibe, da á luz y alimenta.

Tiénese por seguro que Gea fué una diosa primitiva, anterior á la brillante familia de las deidades homéricas, ya que éstas, al hacer solemne juramento, suelen invocarla como una de las antiguas y temidas divinidades reemplazadas quizas por ellas en los homenajes de los hombres sin haber por esto destruido su formidable poder. «Den testimonio de mi promesa, exclamó Juno, Gea y el vasto Cielo que cobija nuestras cabezas.» (Homero). Y á imitacion de los dioses, los héroes homéricos jamas olvidan á Gea en sus terribles juramentos y le reservan un lugar junto á Helios y á Zeus. «Séanme testigos, dijo Agamenon, Zeus señor supremo de los dioses, Gea, Helios y las Furias que castigan en los infiernos á los mortales que juran en falso.» Estas palabras del poeta manifiestan que en los tiempos homéricos era Gea aun muy distinta de las divinidades infernales que en sus entrañas moraban; y aunque se le inmolaban ya ovejas negras como símbolo de las tinieblas de su seno, todavía no era tenida por una potestad de la muerte segun lo será despues, en época de Eschylo.

Esta deidad no se limitaba á ser la madre comun de cuantos séres nacen de la tierra y son por la misma sustentados, sino que de ella en cierto modo había nacido el primer hombre de determinados pueblos. Algunos en efecto, en el Ática y particularmente en la Arcadia se envanecían de ser una raza *autoctona*, es decir nacida en un principio del mismo suelo en que se difundió y vivió, y en esto no puede verse sino la idea mitológica de la maternidad de Gea, la cual en el orígen de los tiempos sacó al hombre de su seno al igual que los demas vivientes. En las leyendas áticas el hombre hijo de la Tierra fué Erictonio, el protejido de Atena, y su maternidad continuóse en su descendencia; á su divino influjo atribuíase la multiplicacion de los hijos de los hombres, segun así se desprende del himno homérico que le está consagrado. «Cantaré á Gea, á la madre universal, á la divinidad antigua entre todas, á la de sólidos cimientos, en cuyo suelo se sustenta cuanto existe... Merced á tí, venerable diosa, tienen los hombres hijos y cosechan frutos; de tí depende dar ó quitar á los mortales el sustento de la vida. Dichoso aquel á quien honres con tu benevolencia; para él será todo abundancia: sus fértiles campos se cubrirán de mieses, en sus prados estará estrecho el ganado, y en su vivienda rebosarán los bienes... Los hijos de tus protegidos se entregan á los goces de su lozana juventud y las doncellas sus hijas, formando risueños coros, danzan en la pradera matizada de flores.»

No siempre despertaba el culto de Gea las risueñas imágenes del nacimiento y de la vida; en la costa de Acaya, por ejemplo, region afligida por frecuentes y terribles terremotos, los moradores considerábanla como diosa de rigores y muerte. En Delfos, segun vemos por los primeros versos de las *Eumenides* de Eschylo, Gea ántes que Temis y que Apolo había ocupado el famoso oráculo, lo cual seguramente indica que hubo de atribuirse á Gea una facultad de adivinacion anterior á la que se atribuyó despues á las otras divinidades. Distintas fueron, pues, las atribuciones adquiridas con el transcurso del tiempo por esta primitiva divinidad de la raza helénica; de ahí que el antiguo culto de Gea, vago y mal definido en la época histórica, tendiese, sin desaparecer del todo, á confundirse con el más concreto y determinado de Demeter.

Preséntase esta diosa en la mitología griega bajo un doble aspecto; ya, siguiendo la vulgar etimología de su nombre, es la Tierra-Madre, la divinidad que otorga los frutos del suelo y especialmente el trigo, principal alimento del hombre; ora es la tierra considerada en aquellas misteriosas profundidades donde se elabora la vida vegetal y son al propio tiempo region tenebrosa de la muerte. En este caso era Demeter inseparable de su hija Coré ó Perséfona con la cual preside á la religion de Eléusis, de que hablarémos á poco, y esto hace que el culto de esta diosa ofreciese á la vez que el carácter sencillo y popular comun con otras deidades del paganismo, una expresion de subido misticismo exclusivamente peculiar suyo.

Demeter, no desempeña papel alguno en los poemas homéricos, en los cuales raras veces se lee su nombre; conócese que la divinidad de los labradores y gente campesina no se había aun elevado á la suma dignidad de las deidades á quienes honran las heróicas tribus de la *Iliada* y la *Odisea*. Pero, aunque desdeñada por la epopeya, tendría Demeter de antiguo en Grecia adoradores, ya que tiempo despues se hallaron vestigios de un culto primitivo en comarcas agrestes y montañosas que, habiendo por su situacion permanecido ajenas á los políticos trastornos á que fueron debidas las sucesivas renovaciones de la poblacion griega, conservaron por lo mismo más fielmente las antiguas tradiciones religiosas. En Dodona, las sacerdotisas de Júpiter cantaban: «La Tierra es la que hace brotar los frutos del suelo, demos pues á la Tierra el nombre de Madre.» El santuario de Demeter en Figalia de Arcadia era una caverna y su imágen un ídolo

grosero cuya extraña forma denotaba evidentemente un culto muy primitivo. Devorada por el fuego y sustituida con una estatua de bronce debida al cincel del artista Onatas, predecesor de Fidias, representaba á la diosa con cuerpo de mujer, cuello, cabeza y crines de caballo, con sierpes al rededor enroscadas. Aludiría sin duda al mito que ántes hemos mentado acerca de los amorosos tratos entre Demeter y Neptuno, ó al húmedo elemento que rodea á la tierra y la penetra, siendo de observar aquí que el caballo, segun imágen que los mitos griegos de contínuo reproducen, significa la fuente que saltando nace del seno de la tierra fecundada por el dios de las aguas, del mismo modo que el fabuloso dragon representaba con sus tortuosos movimientos el curso de los torrentes. El aspecto de las cavernas de sus quebradas montañas, el tenebroso horror en que suponían residía la diosa, induciria á los moradores de Arcadia á dar á Demeter el título de *Negra*, epiteto que tambien se explica por el luto que sintiera cuando la dejó sin consuelo el rapto de Proserpina.

En la misma Arcadia contábase acerca de Demeter y Neptuno otra leyenda que es una ligera variante de la que hemos referido. El dios se transformó en caballo para enlazarse con Demeter, quien dió á luz una hija por nombre *Despoina* (la soberana), y ésta tiempo despues se confundió con Perséfona, considerada como señora y reina de los infiernos. A causa del vivo enojo que en la diosa encendió la violencia de Neptuno era invocada en Arcadia con el sobrenombre de *Demeter-Erinys* ó Demeter irritada.

En la *Odisea* hállase la primera expresion de otro mito que reprodujo luego la *Teogonía* hesiódica: decíase que la rubia Demeter, enamorada del héroe Jasion, tuvo de él un hijo llamado Pluto, dios del oro ó las riquezas, por lo cual castigó Júpiter al feliz amante hiriéndole de muerte con un rayo. Jasion, segun los intérpretes naturalistas, fué el primitivo sembrador; de la simiente que arrojó á la tierra nació la opulencia, destacándose de este modo la principal calidad de Demeter consistente en ser una divinidad de la tierra labrada por el hombre, una diosa de los campos cultivados, lo cual la distingue perfectamente de Gea lo mismo que de Rea. Para el poeta homérico es una divinidad que preside á los agrícolas trabajos: «La rubia Demeter, dice, ayudada por el soplo de los vientos separa el grano de trigo de su ligera envoltura;» y luego designa el pan con esta expresion: «el grano triturado de Demeter.» De ahí puede colegirse cuán precisos y terrenos fueron en un principio los atributos de esta divinidad.

Y esta significacion la conservará la diosa aun en los tiempos posteriores en que logrará gran favor la mística religion de Eleusis. «Céres, dice Virgilio, fué la primera que enseñó á los mortales á labrar la tierra con hierro, cuando ya en las sagradas selvas faltaban las bellotas y los madroños...» Pero la diosa quiso que el hombre trabajase y por esto va enlazado con tanto afan el cultivo de los campos. «Sobrevino la niebla, funesta á las cañas de la miés, añade el poeta, y erizáronse los sembrados

Fig. 233.—Céres. (Pintura de Herculano).

de estéril cardo; crecieron, con daño de los frutos, las malezas, los lampazos, los abrojos, y entre las lozanas mieses se señorearon la zizaña y las avenas locas. Por esto, ¡oh labrador! si no escardas con teson la tierra, si no espantas los pájaros con ruidos, si no amenguas con la podadera las sombras que oscurecen tu heredad y no imploras de los dioses benéficas lluvias, ¡ay! vanamente contemplarás las grandes parvas de los otros labradores y tendrás que acallar tu hambre vareando las encinas de las selvas.»

«Grandes son los dones y beneficios que de Céres tenemos recibidos; ella, sustituyendo á la bellota un más útil y grato alimento, fué la primera en invitar á los hombres á banquetes más sabrosos que los que ántes los sustentaban. Céres obligó á los toros á someter su cuello al yugo, y entónces por primera vez recibió la tierra labrada los rayos del sol. Sólo el cobre estaba en uso; el hierro no había sido aún descubierto, y ojalá hubiese siempre permanecido en el seno de la tierra! Céres gusta de la paz, y vosotros, labradores, formad votos para conservarla. Ofreced á la diosa tortas consagradas, un puñado de sal y algunos granos de incienso esparcidos por los antiguos altares; si careceis de incienso encended antorchas perfumadas, pues la buena Céres se contenta con poco con tal que la ofrenda sea pura. Vosotros, ministros dispuestos para el sacrificio, apartad del buey vuestros cuchillos é inmolad la perezosa marrana; la cerviz uncida al yugo no merece que la segur la rompa... Hubo un tiempo en que se alcanzaba la benevolencia de los dioses mediante un poco de trigo

y algunas brillantes perlas de sal gema. Todavía no había traido extranjera nao las lágrimas de la mirra; guardaba su incienso el Éufrates y sus aromas la India. El azafran de purpúreas hojas era aún desconocido, y para que el ara humease bastaba con la hierba sabina y el laurel que al arder cruge. Todo el lujo de aquel tiempo consistía en reunir algunas violetas con las silvestres flores gala de los prados. El cuchillo que penetra ahora en el flanco de los toros no tenía uso en los sacrificios; Céres fué la primera que gustó de la sangre de la voraz marrana, vertida para expiar con justo castigo el daño causado en los sembrados. Al comenzar la primavera habíala

Fig. 234.—Céres colosal. (Estatua antigua).

visto la diosa arrancar con sus colmillos la tierna simiente sumergida ya en lechoso jugo, y el cerdoso animal fué condenado.» (Ovidio).

Las fiestas populares de Demeter correspondían en Grecia y lo mismo en Roma á los trabajos más importantes de la existencia agrícola, colocada por los labradores bajo la proteccion divina. Llegada la primavera, cuando las nacientes mieses comienzan á verdear el suelo, invocaban á Demeter *Chloe* (verde); despues, verificada la siega, cuyas primicias ofrecían á la diosa, celebraban la fiesta de Demeter *Aloa*, así llamada de la era en que se quebrantaban las mieses: esta fiesta, á la que se daba tambien el nombre de *Thalysia*, era ocasion de banquetes y diversiones que ha pintado en sus idilios Teócrito. Entre los varios epitetos conferidos á Demeter correspondían muchos á los varios aspectos del trigo, desde el momento en que rompe la superficie de la tierra hasta el dia en que forma en los graneros dorados montones. De

los campos de trigo tomábanse igualmente los principales atributos de Demeter que eran la espiga y la amapola, lo mismo que el módio, símbolo de fecundidad, que en algunas estatuas cubría su cabeza.

Siendo el trigo un don de Demeter natural era tener por anexos á su religion el invento de los aperos de labranza y el orígen de los varios trabajos agrícolas, lo cual formaba, como hemos visto, una série de beneficios otorgados á los hombres por la diosa. Personificábanlos los pueblos del Ática en diferentes héroes, todos en íntima relacion con Demeter, y entre ellos Buzyges, el primero que unció los bueyes al arado, y Triptolemo cuyo nombre expresa la idea de las *tres labores* recomendadas por Hesiodo á los agricultores de Beocia. Decíase que Triptolemo fué hijo de Disaules ó Diaulos, esto es del doble surco que traza el buey á la ida y á la vuelta por el campo de labranza. Otras leyendas de las que hablarémos luego, referían que la misma Demeter había enseñado sus misterios á Triptolemo, y que éste fué el primer sacerdote de la diosa y el fundador de su culto.

Para las creencias populares Triptolemo era el benéfico genio de las tierras cultivadas, aquel cuyos favores procuran á los campos la abundancia y la riqueza. Segun puede verse aún en algunos vasos pintados representábanle montado en un carro ó surcando los aires empuñando con una mano un cetro y teniendo en la otra espigas; y como los moradores del Ática abrigaban la pretension de haber precedido á todos los pueblos en la invencion de las artes y en particular en el desenvolvimiento de la agricultura, decían que Demeter hizo recorrer á Triptolemo el mundo entero para difundir sus dones, tirando de su carro dos

Fig. 235.—Céres y Triptolemo. (Camafeo antiguo).

aladas sierpes, emblemas de la tierra. La escena de la partida del mozo, dejando Eléusis para emprender sus lejanos y portentosos viajes, ha llegado hasta nosotros en un vaso de Volci; Triptolemo recibe de Céres y Proserpina, las dos diosas eleusinas, los preciosos dones que había de derramar por todo el mundo. Un drama de Sófocles perdido para nosotros, llevó al teatro con el título de *Triptolemo* las mágicas expediciones del héroe, los peligros que corriera y las resistencias que encontrara, hasta que difundidos por el universo los presentes de Demeter y con ellos la ciencia agrícola y la suavidad de costumbres que de la misma se deriva, volvia á su patria triunfante y fundaba la ciudad de Eléusis y el culto de las Grandes Diosas.

«En breve transpuestas por el jóven Triptolemo las etéreas llanuras de Europa y de Ásia, detiénese en las fronteras de Escitia; sin vacilar se dirige al palacio de Linco, príncipe de la comarca, quien le pregunta de dónde viene, quién es y el objeto de su viaje.—Mi patria, responde, es la famosa Atenas, mi nombre Triptolemo, y hasta aquí he llegado, no atravesando el mar embarcado, ni la tierra á pié ni á caballo; he venido por el camino del aire, y os traigo los dones de Céres. Sembrados en los campos producirán numerosas y doradas espigas y gratos alimentos.—El cruel Linco no puede refrenar la envidia por no ser él el autor de tan gran beneficio, y ofreciendo á Triptolemo la hospitalidad, se dispone á darle muerte así que le viera entregado al sueño. Ya con el hierro amenazaba su inerme garganta, pero en aquel mismo instante Céres le transformó en lince, y ordenó al jóven ateniense que otra vez lanzara su carro á los aires.» (Ovidio).

Libre del peligro marchó Triptolemo al país de los Getas, en Mesia, donde el rey Carnobuta le hizo gran recibimiento y excitóle á enseñar la agricultura á su pueblo; al ver sus obras más y más apreció su gran valer, y queriendo impedir que comunicase á otros sus secretos resolvió hacerle morir. Empezó por matar á uno de los dragones que tiraban de su carro; mas Céres acudió á la necesidad enviando otro dragon é inspirando al rey un acceso de furor á cuyo influjo se dió á sí mismo la muerte. Despues de otros varios episodios más ó ménos dramáticos Triptolemo pudo regresar al Ática, en cuya region popularizó la agricultura. Dábansele por compañeros en su tarea á Hemogiro, de quien allí se decía haber sido el primero que unció el buey al arado, habiéndole alcanzado un rayo al abrir el primer surco; á Miles, inventor de las muelas de molino, á Megalarte y Megalomazo, inventores de la panificacion en Beocia y adorados en Scolion. En honor suyo fueron en Delos instituidas las Megalortias, fiestas en las que eran llevados en procesion varios panes.

Leyendas hay que no atribuyen á la ciencia de Triptolemo este divino orígen, sinó que la hacen derivar de Eumelo, rey de los Pastores, quien le enseñó á cultivar la tierra y á construir casas y ciudades. Añádese que el hijo de Eumelo por nombre Anteo, celoso de Triptolemo, aprovechó su sueño para recorrer el país sembrando trigo, pero cayó del carro y quedó muerto. El amor paternal y la amistad de Triptolemo erigieron en honor suyo la ciudad de Antea.

Semejante en esto á otras divinidades tuvo Demeter á la par que adoradores celosos, violentos enemigos, personificados por los Tessalios en el héroe Eresicton, quien

desdeñaba á los dioses y jamas quemó incienso en sus altares. «Hasta se dijo que blandiendo férrea segur atrevióse á profanar una selva consagrada á Céres, llevando su arma á uno de los árboles más universalmente venerados. Allí erguía su inmensa copa secular encina; de su tronco pendían cintas, guirnaldas y tablillas conmemorativas como monumentos de votos cumplidos; á su densa y vasta sombra entregábanse las Dríadas á gozosas danzas, y cogidas de las manos le rodeaban en alegre coro. El vetusto árbol dominaba todos los demas como sobresalian estos del húmedo césped que les servía de alfombra, y sin embargo, Eresicton, hijo de Triopas, no lo respetó, sino que por el contrario ordenó á sus esclavos cortarlo para emplearlo en la construccion de una sala para sus festines. Al ver á los esclavos vacilantes arrancó á uno de ellos la segur, y profirió estas sacrílegas palabras:—Aunque la misma Céres residiese en él su copa ha de venir al suelo.

«Dijo, y miéntras blande oblícuamente el hierro, el árbol de Céres tiembla y profiere íntimo quejido: sus hojas, sus bellotas, sus esbeltas ramas se estremecen. Al fin la segur sacrílega entreabre sus flancos y de su corteza brota sangre, del mismo modo que del cuello del toro sale á torrentes al caer con solemnidad al pié del ara. Aterrorizados los esclavos quiere uno de ellos disuadir á Eresicton de su propósito y detener su arma cruel; pero el Tesalio le dirige terrible mirada, y de un hachazo le deja sin vida. Continúa luego golpeando el árbol, y de él salen entónces con lastimero acento estas palabras:—Ninfa de Céres querida, tengo mi mansion en este tronco. Para consolarme de la muerte que me causas he de anunciarte que ya sobre tu frente se cierne el castigo reservado á tu delito.—Eresicton consuma el sacrilegio: vacila el roble al impulso de mil golpes, y por fin arrastrado por una cuerda, sucumbe y troncha en su caida numerosos arbolillos.

«Espantadas las Dríadas lloran la muerte de su hermana y la gloria perdida del bosque; vestidas de luto van sollozando al encuentro de Céres, y le suplican que Eresicton reciba la pena del negro atentado. La diosa acoge benigna su plegaria, y á los movimientos de su majestuosa cabeza estremécense los campos cargados de doradas espigas: el castigo que para Eresicton prepara habría atraido sobre él piedad, tan cruel era, si por su delito no hubiese perdido todos los derechos á inspirarla. Condénale la diosa á los feroces tormentos del Hambre, y como no le es dable acercarse ella misma á esta divinidad, como el Destino prohibe todo trato entre Céres y el Hambre, llama á una de las campestres divinidades que residen en los altos montes, y le habla en estos términos: —En los confines de la Escitia, coronada de escarchas, existe una region lóbrega, estéril, sin arbolado y sin fruto, morada del Frío letárgico, de la Palidez y del Espanto; en ella reside la espantosa Hambre, y á ésta ordenarás que yendo á ocultarse en el culpable corazon del impío, léjos de ceder á la abundancia, sostenga la lucha hasta triunfar de mí misma.—Lánzase la mensajera á traves del espacio, y llegando á Escitia, en la helada cumbre del Cáucaso, divisa al Hambre en medio de pedregoso campo arrancando unas míseras hierbas con las uñas y los dientes. Tiene erizados los cabellos, hundidos los ojos, amarillenta la tez, lívidos y secos los labios, seca é inflamada la garganta, hundido el vientre, salientes las rodillas y los huesos todos. La Ninfa, sin atreverse á acercársele, comunícale las órdenes de Céres, y como á los pocos instantes, á pesar de mantenerse apartada, cree sentir los ataques del hambre, lánzase de nuevo á los aires y emprende el camino de Tesalia.

«El Hambre, aunque en todo tiempo opuesta á Céres, acata sus mandatos: llevada por un torbellino llega de noche al alcázar que le fué designado; acércase al lecho del impío, y aprovechando su profundo sueño le envuelve con sus alas, hunde en él su aguijon, introdúcele en la boca, en la garganta y en el estómago su hálito mefítico y enciende en sus vacías entrañas hambre devoradora. Cumplido su encargo abandona aquella fértil comarca para volver á su antro donde reina la escasez.» (Ovidio).

«Eresicton se siente devorado por hambre cruel, insaciable, que con nada se satisface. Cuanto más come, más comer desea; veinte esclavos se ocupan sin cesar en prepararle manjares, y doce en servirle de beber, pues el agravio á Céres lo es á Baco, y siempre este dios participa del enojo de la diosa. En lo más retirado de su palacio Eresicton pasaba todo el dia en la mesa: en sus entrañas encendidas caen los alimentos como al fondo de un abismo. Lo que habría sustentado á ciudades enteras, á todo un pueblo, á él no le basta. Semejante al Océano, que no contento con sus aguas recibe y se asimila los rios todos de la tierra, ó á la insaciable llama que, no rehusando jamas alimento, devora de continuo nuevas materias y cuanto más éstas abundan mayores son sus estragos y furores, así el impío Eresicton come y desea, todo á una, sin saciarse jamas.

«Y así fué que como la nieve se derrite á los rayos del sol, del mismo modo, y aún más pronto viósele desfallecer; á poco sólo huesos y nervios le quedaron. Su madre y hermanas se deshacían en llanto; los esclavos no volvían de su asombro y tristeza, y su anciano padre mesaba sus venerables canas.—¡Oh! exclamaba en su desesperacion; ¿por qué no le mató un flechazo de Apolo? ¿Por qué con mis propias manos no abrí yo su sepultura? Todo habría sido preferible á verle perecer de hambre. Y esta será su suerte, pues ¡mísero de mí! nada me queda. Mis apriscos están vacíos, mis tinadas sin bueyes, mis esclavos no son bastantes para servirle. Todo lo ha devorado, hasta las yeguas que tiraban de su carro, hasta los corceles que tanta gloria le habían conquistado en juegos y en batallas, hasta el novillo que su madre cebaba para Hestia.—En tanto quedó algun recurso al padre infortunado fué su hogar único testigo de su pena;

EL AMOR Y EL TIEMPO
(Copiado de un cuadro de Picou)

pero cuando Eresicton hubo consumido toda su hacienda, viósele, hijo de un rey, sentado en las plazas públicas mendigar con triste actitud los alimentos más viles.» (CALÍMACO).

«Quedábale únicamente una hija digna de mejor padre, y en su miseria la vendió tambien. Metra, así se llamaba, no podia en su altivez soportar la esclavitud; fervorosa invocó á Neptuno, y el dios, movido á compasion, otorgóle facultad para transformarse á su voluntad. Para burlar á su dueño tomó la figura de jóven pescador; en seguida fué al encuentro de Eresicton, quien otra y otra vez la vendió, y así transformándose sucesivamente en yegua, en pájaro, en buey, en gamo, luego de haber sido vendida, llegó á ser el único recurso de su triste padre. Y en breve fué, como había sido todo lo demas, insuficiente: Eresicton, presa de un hambre feroz, acabó por devorarse á sí propio.» (OVIDIO).

Esta leyenda, originaria de Dotion, fué llevada por una colonia tesalia á Gnido, donde quizas recibiría alguno de los pormenores con que Calímaco y Ovidio nos la han transmitido. Sucedía, en efecto, que al fijarse en nuevo territorio las colonias con sus dioses y tradiciones, experimentaban éstas, siendo así transplantadas, alteraciones más ó ménos profundas, y que entre divinidades ántes aisladas, establecíanse asociaciones ficticias y lazos genealógicos que con el transcurso del tiempo acababan por oscurecer del todo el mito primitivo. Esto pudo haber sucedido con la anterior leyenda de Eresicton, la cual no llegó, al parecer, á penetrar en Ática, á no ser que el héroe tesalio, á causa de la analogía de su nombre con el de Erecteo, se confundiese con el hijo de Cecrops y como él fuese mera imágen de la tierra de Ática por primera vez hendida por la reja del arado.

La escuela histórica dice de Demeter no ser más que la Isis egipcia, cuyo culto introdujo en Grecia Erecteo II. Cuéntase que este príncipe, el sexto de una fabulosa série de reyes de Atenas, al ser asolada el Ática por la calamidad del hambre, acudió á las fértiles comarcas de Egipto, y de allí volvieron sus emisarios, habiendo adquirido grandes cantidades de trigo, con la ciencia de cultivar los campos y el culto de la divinidad que á la agricultura presidía. Los misterios de la benéfica deidad fueron recibidos con entusiasmo, y para conmemorar su proteccion llamáronla los Griegos Demeter, palabra que significa ser la tierra madre comun de todos los hombres. Triptolemo, rey de Eleusis, continúan los autores que se hacen eco de esta interpretacion histórica, llevó su devocion al punto de convertirse en sacerdote de la Isis adoptiva, y este ejemplo, dado de lo alto, comunicó gran favor y popularidad al culto de la nueva diosa.

Así como Demeter fuera para Grecia extranjera, segun la anterior interpretacion, creian los Griegos que ella y sus mensajeros corrian la tierra enseñando á los mortales el arte de sembrar y cosechar el trigo. Á Baco dábanle por compañero en esos civilizadores viajes, y el poeta pudo exclamar: «¡Oh Baco y oh alma Céres! por merced vuestra trocó la tierra la bellota caónia por la fecunda espiga, y mezcló las aguas del Aquelóo al jugo de las uvas recien descubiertas.» (VIRGILIO). En la época en que la diosa derramaba por el universo sus grandes beneficios coloca la fábula el mito de más importancia en la religion de Céres ó Demeter y tambien en la MITOLOGÍA griega: el rapto de la hija que hubo de su union con Júpiter, de Coré, llamada despues de su enlace con el dios del mundo invisible Perséfona ó Proserpina.

«La gran isla de Trinacria, así nombrada por los tres promontorios que proyecta en la mar anchurosa, sepulta el cuerpo de un gigante, y con su enorme peso agobia á Tifon, que se atrevió á aspirar á las celestes moradas: en vano se debate contra la masa que le oprime y se consume en esfuerzos para levantarla. Su mano derecha está colocada debajo del Peloro, que mira á Ausonia; la siniestra en la base del Pachyno; sus piernas sepulta el Lilibeo, y sobre su cabeza pesa el Etna, por cuya cumbre lanza el monstruo torbellinos de arena y expele por la boca torrentes de llamas. Cuando quiere sacudir las ciudades y montañas que gravitan sobre su pecho, tiembla la tierra, y el rey de los infiernos llega á temer que, de rajarse, penetre en su imperio el dia con espanto de las sombras. Para precaver tal desastre dejó un dia su tenebroso alcázar, y desde su carro, tirado por negros corceles, examinó con escudriñadora mirada los cimientos de Sicilia.

«Seguro de que todo está firme, desvanécese su temor; pero miéntras así corría de un lado para otro habíale divisado la diosa que reina en la cima del Eryx, la cual, echando los brazos al cuello del Amor, le dijo: —¡Oh tú que eres mi sosten, mi fuerza y mi poder, oh hijo mio! arma ese arco domador de corazones, y con ligera saeta hiere al dios á quien confirió la fortuna el postrer lote de los tres en que se divide el imperio del mundo. Á los dioses del cielo, á Júpiter mismo subyugas así como á las divinidades del mar y al soberano que sobre ellas reina. ¿Habrá de librarse el infierno de tu yugo? ¿Por qué no ha de agregarse á tu imperio y al de tu amante madre? Ya en el cielo (resultado de nuestra paciencia) nos desprecian y el poder del Amor y el mio disminuyen; mira sino como Palas y Diana se han rebelado contra nuestras leyes. Lo propio sucederá con la hija de Céres de no poner nosotros término á nuestra tolerancia, pues ya el mismo propósito ha entrado en su corazon. ¡Oh hijo mio! si, como espero, nuestro comun imperio me confiere algun derecho sobre tí, enlaza á la diosa con el rey del averno.—Así habló Vénus, y escogiendo Cupido, segun su deseo, entre las flechas de su carcaj la más acerada, certera y dócil al impulso del arco, hundióla en el pecho de Pluton.» (OVIDIO).

No léjos de los muros de la fértil Enna, famosa por el excelente cultivo de sus campos, extendíase profundo lago, cuyas márgenes resonaban con el canto de nume-

rosos cisnes. Seculares árboles le daban fresca sombra impenetrable á los rayos del sol; y la tierra, siempre húmeda, veíase esmaltada por innúmeras y variadas flores que la pintaban con cuantos colores formó naturaleza. Reinaba allí eterna primavera, y en aquellos verjeles, de los que era ella viviente imágen, corría Coré con sus compañeras las Ninfas hijas del Oceano. La rosa, el azafran, la violeta, la azucena, el jacinto atraían alternativamente sus ojos y sus manos, y exhalaban para su reina su más regalada fragancia. Con ellas llenaban unas hermosas canastillas, adornábanse otras el virginal seno, amontonábanlas algunas en su flotante falda; Coré, que quería aventajar á sus amigas en el oloroso botin, habíase alejado de todas, y poco á poco fué quedando sola. De pronto vé un narciso que sobrepujaba las otras flores en donosura y aroma, y maravillada extiende la mano para cogerlo, cuando de pronto la tierra se abre y el rey infernal sale de la tenebrosa morada.—El encanto funesto del narciso, flor que da á los séres el sueño de la muerte, que es símbolo del letargo que sobrecoge á los vivos al pasar del mundo de la luz al de las tinieblas, fué lo que puso á la doncella en manos de su raptor. Por esto es que el narciso, calificado por Sófocles de «antigua corona de las Grandes Diosas,» tiene importante papel y simbólico sentido en la religion de los Misterios.—Apénas Coré lo hubo tocado, sintióse cogida por Hades ó Pluton, á quien ha bastado un instante para verla y amarla; arrebatada por sus robustos brazos, fué en vano que la diosa prorumpiera en agudos y lastimeros ayes invocando el auxilio del señor supremo, de su madre y de sus compañeras: su voz no fué oida por dios ni por mortal alguno. Su largo vestido se desgarra y las flores que en él reuniera caen confundidas al suelo, siendo ésta pérdida ¡oh bella inocencia de sus pocos años! lo que más entristece su corazon virginal. El raptor, á pesar de su resistencia, llévala á su dorado carro, y empuñando las riendas excita á sus corceles, que soportaban con pena la claridad del dia, nueva para ellos. Miéntras Coré pudo mirar la tierra, el cielo estrellado, el mar tempestuoso, mansion de mil monstruos, y los brillantes rayos del sol, dice el himno

Fig. 236.—Rapto de Proserpina. (Grupo de Girardon, parque de Versalles).

homérico á Demeter consagrado, no perdió del todo la esperanza de ver acudir á su madre venerable y á la tribu de los eternos dioses; pero atravesados los estanques Palicuos, de los que se exhala el olor del azufre que hierve en el seno de la entreabierta tierra, y los campos en que los Bachiados, originarios de Corinto, edificaron

Fig. 237.—Rapto de Proserpina. (Bajo-relieve antiguo).

una ciudad bañada por dos mares, ábrese al dios el camino del infierno.

«En sosegado lago, encerrado en angosto desfiladero, residía, dándole su nombre, Cyana, famosa entre las ninfas de Sicilia. Atraida por el llanto de Coré saca afuera el cuerpo, y extendiendo los brazos, quiere impedir el paso al raptor; mas el hijo de Saturno, que apénas acierta á contener la ira, excita á sus terribles corceles, y con vigoroso brazo sumerge su cetro hasta el fondo de las aguas. Conmovida la tierra, ábrele camino al Tártaro y recibe su carro, que desaparece en el abismo. Cyana queda llorando el rapto de la diosa y el agravio hecho á la linfa cristalina colocada bajo su inviolable custodia; su corazon no puede resistir al dolor que la

embarga, y á poco, haciéndose flexibles sus huesos y perdiendo las uñas su dureza, se transforma en fresca y rápida fuente dividida en pequeños y fugitivos arroyuelos.» (Ovidio).

En tanto las compañeras de Coré la buscan y la llaman afanosas para ofrecerle sendos ramos de flores; su voz queda sin respuesta, lo mismo que los sollozos en que luego prorumpieron al conocer su desgracia. Resonaban montes y valles con sus dolorosos gemidos, y desesperadas golpeaban su desnudo pecho. «Oyólas la augusta Demeter y agudísimo dolor traspasó su corazon; con sus propias manos rompió, al saber su desventura, las cintas que sujetaban su cabellera, cubrió sus espaldas con oscuro manto, y cual ave voladora se precipitó por la tierra feraz y por las aguas en busca de su hija idolatrada.» (Himno homérico).

Aquí comienza el segundo acto del mitológico drama, lleno todo él por los viajes de Demeter que en cielos y tierra quiere inquirir el paradero de Coré, y por el inconsolable dolor de la diosa, prototipo del amor maternal. «Por espacio de nueve dias, la venerable diosa corrió por la tierra llevando en las manos antorchas encendidas; entregada por entero á su afliccion, no probó ambrosía ni néctar, ni refrigeró su cuerpo con el baño.» El décimo dia encontró á Hecate, la cual, interesándose en su pena, le dijo haber oido las voces de Coré sin haber visto al

Fig. 238.—Céres. (Piedra grabada antigua).

raptor. Escúchala Demeter sin proferir palabra, y acompañada de Hecate prosigue en sus ardientes investigaciones, llegando las dos junto al Sol, divino testigo de cuanto sucede, á cuyas inevitables miradas el raptor no se había ocultado. Él fué quien descubrió su nombre á la madre afligida diciéndole ser Hades ó Pluton, autorizado por Zeus para tomar por esposa á Perséfona. A tal noticia el dolor de Demeter no conoció límites: airada contra el soberano de los dioses, huyó del Olimpo, dejó las divinas facciones para tomar el traje y la apariencia de una pobre mujer, y en esta forma recorrió ciudades y aldeas en busca de su perdida hija. En uno de esos viajes llegó á Eleusis.

En este punto traslúcese en el poeta el propósito de señalar portentoso orígen á la institucion de los Misterios eleusinos. En la morada del primer rey mítico de Eleusis por nombre Keleos, halla Demeter asilo en su miseria; en ella por primera vez se detiene y consiente en reposar la cabeza. Con el corazon transido de afliccion, sentóse al borde del camino, cerca del pozo de Parthenio, á la sombra de frondoso olivo; las hijas de Keleos que habían ido por agua en sendas vasijas de cobre para llevarla al palacio de su padre, ven á la mendiga; pregúntanle su nombre y su destino, y la diosa, sin darse á conocer, les responde que, robada por piratas, se ha visto abandonada en las playas del Ática, desde donde ha marchado al azar hasta llegar á aquel sitio. «Albergue y amparo busco, añade; mas para no ser gravosa á mis huéspedes desempeñaría de buen grado en la casa do me acogieran el cargo de criar á los niños ó el de servidora de todos.» Entran en palacio las hijas de Keleos para participar el deseo de la anciana á su madre Metanira; consiente ésta en confiarle uno de sus tiernos hijos, y al volver luego en compañía de Demeter vióse brillar celeste resplandor al traves de la máscara que le cubría el rostro, quedando la casa iluminada con inusitada claridad. Su divinidad se revelaba á su pesar, y ya Metanira, sobrecogida de respeto y temor, le había cedido la sede en que se sentaba. La diosa ocultó su semblante con el velo, y en su dolor profundo quedó por mucho tiempo inmóvil, sin pronunciar una palabra, sin hacer un ademan, sin probar manjar ni bebida. Nada podía consolarla ni distraerla de su afliccion; únicamente la agraciada Iambé logró con sus agudos dichos atraer una sonrisa á sus labios.

Metanira ha confiado su hijo Demofoonte á la divina nodriza, y en breve creció el niño «como un dios sin alimentarse de pan ni de leche.» Demeter lo untaba con ambrosía, y teniéndole en sus brazos soplaba suavemente sobre él; llegada que era la noche ocultábalo como un tizon entre la llama del hogar, sin que sus padres lo observaran. Pero violó una vez Metanira, y asustada prorumpió en penetrantes gritos por el peligro en que creía al niño; sacólo la diosa del fuego, no sin dirigir amargas reconvenciones á la esposa de Keleos. La llama en que Demofoonte era cada noche depositado había, conforme con la misma idea que se encuentra en el mito de la pira de Hércules, de purificar al niño de sus elementos terrenos y hacerle inmortal. Metanira, empero, lo ha estorbado, y su hijo quedará sujeto á la vejez y á la muerte; pero ya que esto sea, habiendo reposado sobre las rodillas de una diosa, habiendo dormido en sus brazos, su fama no puede perecer y han de tributársele perpétuos honores. Entónces descúbrese por solemne manera la divinidad de Demeter, como si no pudiera la diosa por más tiempo ocultarla. «Yo soy Demeter, dijo, la deidad colmada de honras, la alegría y providencia de dioses mortales. Ocúpese el

pueblo todo en construirme, dominando la ciudad y los altos muros, en la cumbre del Callichoros, un templo y un altar; yo misma os enseñaré mis misterios para que en adelante practiqueis los sagrados ritos y sosegueis mi ánimo turbado.»

Esto que explica y justifica la institucion de los Misterios eleusinos, no es más que un episodio del gran drama mitológico. El dolor de Demeter persiste vivo como nunca, y su cólera se manifiesta en efectos terribles. «La diosa preparó para los mortales, en la tierra que los alimenta, un año cruel y espantoso. Las simientes no germinaron; en vano arrastraron los bueyes el corvo arado por los cultivados campos; inútil fué que cayeran al suelo numerosos granos de dorado trigo.» El linaje humano habría todo él perecido á no ser la mediacion de Júpiter, y la mensajera Isis es por éste enviada al encuentro de Demeter, sin que sus ruegos y exhortaciones logren vencer su obstinacion: no volverá la diosa al Olimpo ni permitirá á la tierra que produzca frutos hasta que recobre á su hija. Júpiter cede al fin: Hermes marcha al Erebo para alcanzar del rey infernal que suba Perséfona de las tinieblas á la luz, y aunque Hades accede á ello

Fig. 239.- Proserpina y Pluton.

hace que Coré, ántes de ser devuelta á su madre, coma en secreto el grano de la granada, cuyo efecto ha de ser, impidiéndole permanecer siempre en la tierra, obligarla á volver al infernal imperio. Ocupa entónces Perséfona el carro de su esposo tirado por impetuosos corceles guiados por Hermes, y en poco tiempo llega á la residencia de Demeter, junto al templo fragante de perfumes. Á la vista de su hija corre Demeter hacia ella como presa de locura, y la estrecha frenética en sus brazos. «Hija mia, pregunta la diosa, ¿has probado alimento en la sombría morada? Habla; si no lo has hecho podrás habitar conmigo en el Olimpo; si por el contrario tus labios han probado algun manjar habrás de volver á las profundidades de la tierra para residir allí el tiempo que dura una de las tres estaciones del año, pasando las dos restantes cerca de mí y de los inmortales. Cuando, llegado el grato despertar de la primavera, se adorne la tierra de variadas y vistosas flores, saldrás tú otra vez de las densas tinieblas, siendo maravilloso espectáculo para los hombres y los dioses.» —Coré confiesa á su madre haber comido el grano de la granada, y por lo mismo sufrirá la ley que Demetre acaba de expresar y que Zeus luego confirma, ley, dicen los mitólogos naturalistas, que no es otra que la de la germinacion y la de las anuales vicisitudes de la vida vegetal.

La reconciliacion de Demeter con el Olimpo forma el desenlace de la accion divina: sosegado el enojo de la diosa al prometer Júpiter á su maternal cariño que tendría con ella á su hija durante los dos tercios del año, accede á lo que pide Rea, enviada por el señor de los dioses. «Vuelve, hija mia, vuelve entre los inmortales, le dice, conforme á ello te invita por mi boca Júpiter: éste ha prometido tributarte en el Olimpo cuantos honores exijas, y con una inclinacion de cabeza ha consentido en no dejar á tu hija en las tinieblas sino durante la tercera parte del año. Ven, hija mia, sé obediente, y alejando de tí todo rencor contra el dios de las nubes sombrías, contra el hijo de Cronos, haz que sin tardanza crezcan los frutos que sirven de sustento á los mortales.» Cede Demeter á las instancias de Rea, y al instante cesan para el humano linaje los efectos de su ira. Si ántes, privada de su hija, condenaba á la tierra á esterilidad, al serle devuelta Coré conviértese en benéfica deidad que otra vez comunica animacion y vida al suelo desolado. Hojas y flores cubren la tierra; la suspendida vida de la naturaleza recobra su curso, determinado para en adelante por solemne tratado entre el cielo y la tierra. Antes de partir de Eleusis pone Demeter el colmo á sus beneficios hacia la humanidad instruyendo á los reyes en su ciencia divina é iniciándoles en aquellos augustos misterios «que no es lícito desdeñar ni penetrar ni divulgar, sellando los labios el respeto profundo de los dioses.» Termina el relato con estas palabras, que habrán de repetir otros poetas iniciados: «Feliz entre los moradores de la tierra quien ha contemplado tan grandes espectáculos! Mas el que no ha sido iniciado, el que no ha tenido participacion en las santas ceremonias, aquel estará para siempre privado de semejante dicha, áun despues que la muerte le haya hecho descender á las mansiones sombrías.»

Este es el relato épico y místico á la vez que del mito ha llegado hasta nosotros por un himno homérico cuyo descubrimiento no data de más allá de un siglo, compuesto probablemente por un poeta iniciado en los misterios de Eleusis. Los versos de Ovidio sobre lo mismo fueron inspirados por tradiciones en algunos puntos distintas, y conviene conocerlos para tener cabal idea de lo que con razon se ha calificado de uno de los puntos cardinales de la religion griega.

«La madre de Proserpina, inquieta por la suerte de su hija, búscala en vano por todas las regiones de la tierra y hasta en el seno de las olas. Ni la aurora, desatando su dorada cabellera, ni Héspero llegaron á verla detener el paso. Lo mismo que la madre del becerro arrancado á la ubre muge y le busca por los campos y selvas, así corría desatentada, suelto el cabello, semejante á las sacerdotisas de Tracia. Lo mismo con las frias tinieblas que al

ahuyentar el sol la temblorosa luz de las estrellas, busca á Coré desde las regiones en que el astro nace hasta las comarcas donde se pone. En los campos de Enna descubrió señales del paso de su hija; vió impresas en la tierra las huellas de sus piés, y quizas aquel mismo dia habríale sido dable conocer el triste suceso á no haber sido la continuacion de aquellas pisadas borrada por cerdos. En su veloz carrera deja la diosa tras de sí los Leontinos, el rio Amenano y las verdes riberas del Acis; á sus espaldas quedan Cyana, la fuente del tranquilo Anapis y el Gelas, cuyo acceso defienden oscuras cavernas; Ortigia, Megara, el Pantagias, las bocas del Simetho y los ciclópeos antros de encendidos hornos, no logran detenerla, como tampoco Himero, Dídimo, Acragante,

Fig. 240.—Céres. (Estatua antigua).

Taurómeno, ni el Melas que riega los abundantes pastos de los sagrados bueyes. De allí se dirige á Camerinan, á Thapsos, á Tempe, situada en las márgenes del Heloro, á Eryx, abierto siempre al hálito del zéfiro, y recorre el Peloro, Lilibea y Pachynon, los tres promontorios de su isla. Por todas partes á donde le llevan sus pasos repiten los ecos sus dolorosos ayes; ya llama á Perséfona; ya exclama: «¡Hija mia!» retorciendo desesperada los brazos. No salen de sus labios otras palabras; pero ¡ay! Perséfona no oye á Demeter, no oye la voz de su madre. Á cuantos pastores y labradores encontraba al paso dirigíales la misma pregunta:—¿Habeis visto pasar á una jóven?

«Ya revisten igual color los objetos todos; las tinieblas todo lo invaden, y los perros vigilantes callan. Á las sacudidas del enorme Tifon entreábrese el Etna, y al ardiente aliento del gigante inflámase la tierra. Céres enciende dos pinos para que alumbren su camino, y de esto procede que aún hoy se empleen antorchas en sus fiestas. Existe una caverna toscamente abierta por el